

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid, 4 rs. almós.—Provincias, 12 trimestre; 24 semestre; 44 año, haciendo directamente la suscripción a esta Administración. El que se suscriba por conducto de nuestros corresponsales, pagará 2 reales más.—Ultramar y Extranjero tres meses, 40 rs.; seis 80; año 160.—Repúblicas Americanas y Filipinas: 30 rs. trimestre; 160 semestre; año, 300.—Paquetes de 25 ejemplares para la venta pública 3 rs.—Anuncios y comunicados a precios convencionales.—Redacción y Administración, Fomento, 15, segundo.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en la administración, y redacción, Fomento, 15, segundo, y en la librería de Aguado, Posteos, 8.—En provincias en casa de nuestros corresponsales y en todas las librerías, acompañando siempre el importe al pedido, sin cuyo requisito no se servirá ninguna suscripción.—El pago se hará en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó en sellos (no se admiten de guerra), certificando las cartas que contengan sellos.—Al corresponsal ó suscriptor que haga diez suscripciones se le servirá un ejemplar gratis.

LA OPINION PÚBLICA

DIARIO POLÍTICO.

LA OPINION PUBLICA.

Viernes 11 de Junio de 1875.

SALVEMOS A ESPAÑA

Oímos con alguna frecuencia, al parecer a personas de buena voluntad: «somos los más;» podríamos reunirnos para derribar; pero nos separaríamos al tratar de reconstruir; nos unen negaciones, no afirmaciones. La apariencia de verdad que ostenta semejante modo de discurrir, no impide que el más ligero examen deje al descubierto el sofisma que envuelve. Hablamos a aquellas personas, cualquiera que sea su procedencia, que deploran el abatimiento de la patria y ven el mal donde nosotros le vemos, en el olvido de los deberes, en el triunfo de las malas pasiones.

La historia de los tristes sucesos que han traído sobre España las calamidades que padece, nadie la ignora; conculcado el principio de autoridad, ultrajada la justicia; hechos que los códigos de todas las naciones califican de delitos, han abierto a sus autores el camino que conduce a las más altas dignidades del Estado. Desde el momento que no ha sido buscada la virtud, esta modestia siempre se ha ocultado, que el mérito verdadero nunca pretende.

El remedio era claro: asentar firmemente la sociedad sobre sus verdaderas bases, la religion y la justicia; y en la distribución de los cargos públicos, preferir los que valen a los que se presentan, y el sólido saber a la procaz garrulidad. Pero no se hizo, y España sufre hoy las consecuencias de haberse entregado a *presuntuosas* nulidades.

Los que vean esto del mismo modo que nosotros, tienen forzosamente que reconocer, que la continuación más ó menos declarada de un sistema que tales resultados ha producido, lejos de disminuir a de aumentar los males de la patria. Lo hecho hasta aquí ha sido funesto para el país, nadie puede negarlo; y las mismas causas han de producir los mismos efectos; cosa es clara sobre toda ponderación.

El amor propio mal entendido no debe ser obstáculo para que confiesen su error los que de buena fé han proclamado la excelencia de principios funestos. ¿Qué hombre político es infalible? Pero los males de la patria crecen, y ella que tiene derecho a que toda la actividad de sus hijos se emplee en el bien general, no exige mucho al pedir un poco de franqueza. Lo que los hombres de buena fé se dicen a sí mismos, díganlo en alta voz, y habremos dado un gran paso en el camino de nuestra regeneración.

En medio de las desgracias de la patria se han conservado por permiso Divina en nuestra católica tierra, muchos de aquellos elementos que hicieron grandes a nuestros reyes, santos a nuestros Obispos y héroes a nuestros soldados.

El trabajo de descatolización, empleado por los revolucionarios, ha producido la ruina de los templos, pero no la de las creencias. La fé subsiste, prueba visible de que Dios no quiere que España perez-

ca, y subsistiendo la fé en los templos que erigieron nuestros padres y derribaron nuestros enemigos, orarán nuestros hijos.

Todos los que esto quieran están unidos, por algo más que por una negación; todos los que esto deseen deben de buena fé interrogar su conciencia y ella les dirá,—nadie que no cierre voluntariamente los ojos, carece de luz;—ella les dirá con perfecta claridad que volver a reproducir pasados errores sería estender y hacer más profundas las llagas de la sociedad.

Transigiendo más ó menos abiertamente con la revolucion, no se conseguirá el triunfo de la justicia. El orden sólo puede nacer de la exaltación de los principios opuestos a los que han producido el desorden.

No se comprende la persistente ceguera de algunos. Cuando España se aniquila bajo humillante dominación, se ocupan en probar que la responsabilidad de la revolucion cae sobre tal ó cual partido. Discusión estéril; todos son responsables.

Pero en ellos hay, sin duda, hombres de buena fé; que olviden sus diferencias, y unidos todos los españoles dignos de este nombre, bajo los hermosos pliegues de la gran bandera católica, veleamos por la patria.

España se muere, y hay que salvar a España.

Pidiendo al gobierno respeto, concesiones y política de atracción hacia los partidos liberales, y a estos que apoyen a aquél en la empresa en que está empeñado contra los carlistas en armas, y declarando una cosa, harto sabida, las divisiones del liberalismo, aún en frente de sus naturales contrarios, escribe un hábil artículo *La Política*, del que copiamos las siguientes líneas:

«Las circunstancias y no los hombres son las que plantean los problemas, y el problema planteado en estos momentos en España, en la lucha entre la civilización moderna y el fanatismo antiguo está simbolizado en estos dos nombres: D. Alfonso y D. Carlos.

»El que no ayude en la medida de sus fuerzas al triunfo de la bandera hoy simbolizada en D. Alfonso, auxiliada por ese mismo hecho, aunque no quiera, a la simbolizada por don Carlos.

»No pedimos a ningún partido que falte a sus convicciones: al contrario, pedimos a todos que sean consecuentes con ellas; y pues que son liberales, acudan al único campo donde ondea y puede ondear en estos momentos la bandera de la libertad, *prescindiendo de la palidez ó de la brillantez de los colores con que la quieran ver adornada.*»

Hasta que un periódico tan caracterizado como *La Política* nos lo ha dicho, ignorábamos que quien no contribuyese al triunfo de la *bandera simbolizada* en D. Alfonso, auxiliada por ese mismo hecho a la simbolizada por D. Carlos; pero, pues el diario ministerial, hasta cierto punto, lo afirma, razones poderosas debe tener para ello, que no es tan poco ducho en materias periódicas que desconozca la trascendencia de las palabras que emplea.

Necesario, sin embargo, se hace explicar esas palabras no precisamente para que se comprenda el objeto a que se dirigen, sino porque planteada así la cuestión, podemos ocuparnos de ella aunque sea someramente.

No pide *La Política* el concurso de todos los que no auxilian a D. Carlos para que ayuden al triunfo de D. Alfonso, sino que reclama aquel concurso para que auxilien el triunfo de la bandera que, en su sentir, simboliza la monarquía restaurada, es decir al triunfo de los principios fundamentales de la revolucion de 1868 de que nuestro colega no ha renegado, con lo que viene a reclamar no menos que la ayuda de cuantos materialmente no auxilian a D. Carlos en pró de una revolucion, que si la mayoría de estos elementos cuyo concurso se desea ha combatido por atentatoria al principio monárquico, a los fundamentos de lo que existía antes de aquel repugnante motin, y a las bases sociales, lo cual nos parece demasiado pedir.

Puede no auxiliarse a D. Carlos, como hay muchos que con efecto no le auxilian, y ser, sin embargo, enemigo de los principios revolucionarios de esa bandera que tan inoportunamente coloca *La Política* donde ni debe, ni puede estar; en una palabra, se puede ser y se es por muchos enemigo del ministerio y de sus tendencias revolucionarias, y no serlo de nada más.

A nuestro juicio, el dilema que sienta *La Política* es más peligroso de lo que presume; pues si por una parte comprometerá a algunos a que salgan de su reserva, inclinándose a lo que el colega desea en gracia a la representación que le concede, de otra irritará a muchos que por nada quieren transigir con las cosas y los hombres revolucionarios.

Otro peligro entrañan, a nuestro juicio, las observaciones de *La Política*, el de que se crea por muchos que no le darían asenso, dicho por nosotros, que el liberalismo es más débil de lo que aparenta, y se halla en el período de descomposición que no hace mucho señalábamos como fenómeno que teníamos a la vista, y por estas dos causas pide su union y el concurso de todos, como aparece claro en más de una frase del artículo que motiva estas líneas, un periódico tan caracterizado como nuestro colega, cuyas palabras tienen sin duda entre los suyos verdadera autoridad.

Por lo visto, quería *La Política* un imposible; que se promulgase una ley parecida a aquella de Grecia, mandando que en el momento de un conflicto todo ciudadano estuviese obligado a prestar su concurso a aquel de los contendientes que más le agradara; pero los tiempos que alcanzamos rechazan tales medidas, para cuya promulgación y ejecución no basta ninguna tiranía; la parlamentaria inclusive.

Lo diremos sin rebozo: el malestar que se nota en todas las clases, ese visible disgusto, y esa especie de marasmo de que hábilmente se queja *La Política*, son consecuencia de que unos cuantos ideólogos, se empeñan en imponer al país lo que no quiere, los principios revolucionarios; y el país niega por esto su apoyo a los que en tal obra se obstinan.

Este es el mal que solo tiene un remedio, y el tiempo ha de probarlo.

El Tiempo, que todo lo quiere convertir en sustancia, exclama: «Ya estamos

tocando otro de los tristes efectos de la guerra.» Y a renglón seguido expone:

«Los labradores, sobre los atrasos producidos por la anterior cosecha, sobre las infinitas cargas de toda especie que los abruma, tropiezan en la presente recolección con la escasez notable de brazos para la siega.

Las cuadrillas de segadores gallegos que durante esta época se ajustaban por un tanto alzado, además de pedir desde un principio por su trabajo un precio exorbitante, lo alteran en su favor con el más frívolo pretexto é imponen la ley al labrador, que se ve, por la necesidad, obligado a obedecerla.

El altísimo precio con que hoy se paga esta faena por todas partes difundido, ha llamado, como es natural, mucha gente, que, alucinada por la ganancia, abandona sus anteriores ocupaciones, resintiéndose de su falta otras industrias. Y este afán ha llegado a tal extremo, que personas de cierta clase, ó por lo menos con aspecto y con traje de ella, se han armado de la hoz, y discurren por los campos en busca de trabajo.»

De este doloroso estado, consecuencia lógica de siete años de revolucion desenfrenada, en que no se ha hecho otra cosa sino predicar al industrial y al bracero teorías tan absurdas y disolventes como la del célebre *derecho al trabajo*, pretende *El Tiempo* deducir consecuencias tan originales como la que sigue:

«Si esto acontece en las cercanías de Madrid, en parajes seguros, alejados del teatro de la guerra, y en donde por sus especiales circunstancias concurre tanto forastero, pronto siempre a dedicarse a cualquier ocupación lucrativa, ¿qué no sucederá en las provincias en donde se albergan los carlistas?»

No trataremos de entrar en grandes consideraciones sobre la deducción de *El Tiempo*, porque creemos sea terreno movedizo, y no nos gustan percances; y hasta olvidando aquel antiguo proverbio de que «donde está la guerra, está el dinero», nos limitaremos a rectificar a las apreciaciones falsas que sienta nuestro colega.

El mayor enemigo de los pueblos, y por tanto, de las clases trabajadoras, es la revolucion, que empezando por trastornar las bases sociales, promueve el desequilibrio social y político, y engendran el malestar y la miseria en los países más florecientes.

Y ¿já quién más qué a los amigos de *El Tiempo* pertenece la gloria de haber propagado en España las teorías revolucionarias? Desde el célebre ministerio Martínez de la Rosa, hasta el que hoy para bien de la patria nos rige, ¿qué beneficio ha reportado el pueblo trabajador con las prácticas revolucionarias? El que al santo grito de libertad, se disolviesen las comunidades religiosas, que siempre tenían la mano abierta para el pobre; el que a este *mágico* grito, desaparecieran las asociaciones de San Vicente de Paul, que llevaban el consuelo a millares de familias, cuando se encontraban abatidas por la desgracia; el destierro y persecucion de la Compañía de Jesús, que sólo tenía palabras de caridad para el pueblo é ilustraban a sus hijos con su sabiduría y consejos, y por último, el que al grito de libertad se enajenasen los bienes de la Iglesia, quitasen al virtuoso clero católico lo que de derecho le correspondía, y con cuyos frutos aliviaban las miserias del pueblo.

Vea, pues, *El Tiempo* como no se debe solo a la guerra civil que nos devora, la triste situación que atraviesan las clases productoras de la patria. El mal viene de más antiguo, tiene su origen en las funestas prácticas del liberalismo.



